
Por los laberintos de la unidad eclesial

Alberto Echeverri G., S.J.*

RESUMEN

Desde los símbolos propios del laberinto, el artículo aborda la problemática de la unidad eclesial, hacia el interior de la confesión católica de la fe cristiana y hacia el exterior de la relación de aquella con la reformada y la ortodoxa. Se trata de una evocación global de las confusiones y las dificultades que tanto en el pasado como en el presente ha seguido el itinerario ecuménico de la Iglesia de Cristo Señor hacia su unidad. El laberinto sirve al autor para contrastar la actitud desesperanzada y la esperanzada con que pueden o no afrontarse los obstáculos señalados si quienes los viven permiten al Espíritu –o más bien bloquean su acción– que lo guíen por entre los recovecos y sinuosidades que la búsqueda de la unidad comportó y sigue comportando a los discípulos de Jesús, el Cristo.

* * *

Muchos han sido los que han escrito, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, a propósito de la unidad en la Iglesia y de la Iglesia. Libros y artículos muy documentados han incrementado las publicaciones teológicas en torno al tema. El punto de vista de la Teología Espiritual busca directamente suscitar en el lector una

* Licenciado en Filosofía y Letras y en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá. Doctor en Teología, Universidad Gregoriana, Roma. Director de Postgrados, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana.

actitud de confrontación entre su confesión de fe –aun la inconsciente– y los criterios que el Evangelio y la reflexión ulterior sobre la vida de la comunidad de los creyentes le ofrecen para que crezca en la apertura al Espíritu, roca viva de la unidad de su Iglesia. De ahí que la perspectiva de estas páginas apele, cierto, a las fuentes de la revelación del Dios que se nos ha manifestado en Cristo, el Señor de la Iglesia, dejándose ir por entre la maraña de los datos históricos y doctrinales con la versatilidad propia de quienes son movidos por el Espíritu que «sopla donde quiere» y «nadie sabe de dónde viene ni a dónde lleva»¹. Es él el único garante de que el laberinto de la unidad conduce en efecto a una salida –y a más de una– a la desesperanza del mundo.

Si alguien identificara en los párrafos siguientes el sabor de una meditación que invita a internarse en dicho laberinto, habrá comprendido de qué se trata aquí. No sólo contra la uniformidad modernizante de la razón sino también contra la fragmentación posmodernizante del sentido, habrá que arriesgarse a encontrar senderos más allá de lo conocido y ya estructurado, por tanto supuestamente manejable:

...el diálogo ecuménico, que anima a las partes implicadas a interrogarse, comprenderse y explicarse recíprocamente, permite descubrimientos inesperados. Las polémicas y controversias intolerantes han transformado en afirmaciones incompatibles lo que de hecho era el resultado de dos intentos de escrutar la misma realidad, aunque desde dos perspectivas diversas².

I. RECOVECOS DE LA UNIDAD EN EL PASADO

Fue la Palabra de vida del Padre de Jesús la que transformó la realidad informe del cosmos –del caos original, diría el Génesis judío– cuando puso en él sus ojos y lo modeló a la imagen del Hijo. Desde entonces se instaló entre nosotros «la hora del

1. Cf. Jn 3, 8. Lo ha subrayado Carlos Ignacio González, en un trabajo reciente: «Yahvé, para el hebreo, es el Señor del viento que remueve todas las cosas y a los seres humanos; pero, más profundamente, es el soplo de Yahvé el que da la existencia y el movimiento a la naturaleza y al hombre». [Cf. «Le souffle de Yahvé», en *Lumen Vitae* [1998/1] pp. 35-46].

2. JUAN PABLO II, *Carta encíclica «Ut unum sint»* sobre el empeño ecuménico (25.05.95), n. 38, 2. En adelante: *Ut unum sit*.

Espíritu», ese que aleteaba sobre la superficie de las aguas en el primer instante del mundo³, pues lo que parecía mero espacio sin concierto se hizo historia. Y como la mujer y su compañero tenían miedo de que resurgiera el caos de los orígenes quisieron ponerle orden. A su manera, por supuesto, a la medida de sus exiguos deseos. En el fondo, tan sólo pretendían ocultarse a sí mismos, entre los árboles del paraíso, la desnudez de su propia condición: la de quienes –los únicos responsables– habían sembrado la semilla del desorden al pretender cambiar en la creación el rostro del Hijo por el de cada uno de ellos⁴. Pero el rostro de la pareja era tan sólo inicio de un camino que, entrevisto desde siempre por el Padre, los conduciría a reproducir entre ellos los rasgos del Hijo. O sea que Dios quiso hacer historia y los hombres decidieron detenerla para afincarse en ella. Fue entonces cuando se alejaron del Padre.

El Nuevo Testamento no ha sido más que invitación reiterada, terca, persistente del Padre a que los actores de tal estado de cosas llegaran a convencerse de que la historia no tenía ante ella ni siquiera a la muerte como frontera ineludible. Que de ella se podía resucitar. Que la historia misma era resucitadora porque el Hijo era, él mismo, historia, e historia de libertad. Fue entonces cuando los hombres mataron al Hijo.

Pero mientras esto sucedía se irguió al tiempo la Iglesia, el cuerpo del Resucitado, que impulsada por el Espíritu pugnaría consigo misma durante siglos por transformarse en recinto de libertad, de justicia y de paz para que todas las mujeres y los hombres del mundo encontraran en ella un motivo para seguir esperando⁵. Mientras las persecuciones la acosaron y el asentarse de los primeras épocas ocupó su interés, no dejaron de acosarla los peligros de división propios de todo grupo humano, y tanto más de colectividades que, como el cristianismo, tuvieron un progresivo aunque lento desarrollo en ámbitos culturales de muy diverso tipo. El primer Concilio, el de Jerusalén, lo testimonia sobradamente. Y las primitivas herejías trinitarias y cristológicas que invadieron la vida de las comunidades eclesiales de entonces pusieron de manifiesto que también la Iglesia podía escindirse, así fuese de manera parcial.

3. Cf. Gn 1, 2.

4. Cf. Gn 3, 6-10ss

5. Cf. *Anáfora eucarística*, V/b.

Quizá fue la forzosa paz constantiniana que trazó los lineamientos de ese maridaje forzoso entre Iglesia y Estado, del cual todavía hoy cargamos las consecuencias, el factor que salpicaría de persistentes asomos de divisiones, pequeñas o grandes según el caso, a las iglesias locales y regionales de la Europa, el Asia y el África cristianas. Y sobre todo en la Europa de Carlomagno y de Gregorio VII –la misma de las grandes abadías y las escuelas de donde a poco nacerían las Universidades (*universitas magistrorum et alumnorum*)–, sería donde los litigios entre los monjes evangelizadores y sus evangelizados los bárbaros, entre los reyes y los señores feudales, entre éstos y los obispos, entre los clérigos y los laicos, entre los religiosos –ellas y ellos– de diversos carismas llevarían a los creyentes de entonces a familiarizarse con los conflictos al interior y al exterior de la Iglesia. Lo grave, empero, no eran las contradicciones ni los malentendidos ni las pugnas, realidades que existían en el mundo desde que éste había sido creado.

Lo grave fue que la libertad, esa criatura indefensa y frágil fruto de la acción del Espíritu, que venía y arrastraba consigo a los hombres y los conducía por rutas impredecibles pero que siempre tuvo sus enemigos, los encontró también aquí. Los peores de entre ellos nunca fueron –y no lo son ni lo serán– las hordas de tiranos que el mundo de los poderes continuará dando a luz hasta el final de los tiempos. Los más temidos y temibles fueron –lo son y lo serán– los advenedizos de la hora undécima, llegados a la Iglesia desde todos los rincones de las componendas humanas, a veces desde el interior de ella misma. También estos reproducían el miedo de la pareja humana al inicio de los tiempos... Y la envidia ante el hermano cuyo trabajo era bendecido por la fecundidad de la tierra⁶. Y la astucia del hijo que se vengaba del padre cuando éste era ganado por sus oscuridades personales⁷. Y el afán destructor de los pobladores de la tierra que se enemistaban con ella hasta provocar una ruptura de los cauces de las aguas que a todos daban la vida⁸. Y la intolerancia empecinada de aquellos constructores de la Babel primigenia empeñados en uniformar a la humanidad así hubiese que dar muerte a cualquier asomo de autonomía o diferencia⁹. A fuerza de identificarse con los poderes de este mundo

6. Cf. Gn 4, 5ss

7. *Ibidem*, 9, 20ss

8. *Ibidem*, 6-7.

9. *Ibidem*, 11, 4ss

para no malquistarse con ellos, la Iglesia resultó absorbida por éstos y consagrada a la lucha vergonzosa de la politiquería eclesiástica que hacia su propio interior produjo sectarismos de todo orden. La comunidad de los creyentes del siglo XI y la del siglo XVI apenas sí tuvo noticia de los rompimientos oficiales de Focio (¡san Focio, para la confesión ortodoxa de Oriente !) y de Lutero con los Papas romanos del momento. Pero la cosa había tenido una larga trayectoria por ambas vertientes¹⁰: las escisiones tomaron cuerpo conceptual porque desde mucho tiempo antes se habían enquistado en los corazones y las historias de grupos e individuos. Como traduce el *Catecismo de la Iglesia católica*: «Donde hay pecados, allí hay desunión, cismas, herejías, disensiones...»¹¹.

La creciente clericalización de la Iglesia, en buena parte atribuible al poderío resultante del contubernio Iglesia-Estado, alejó paulatinamente a la multitud del laicado de la preocupación por lo que le pertenecía, pues al fin de cuentas esa minoría que siempre fueron y deberán ser los ministros –la «clerecía», la casta de los separados según la Iglesia de los códigos y las prescripciones– había sido enviada a ellos para servirles. En buena medida todo ello cooperó a la tensa cohabitación de esas dos realidades a la que los teólogos del postConcilio darían en llamar «tensión Iglesia-mundo». La comunidad de los bautizados terminó por entregar las banderas, rendir las armas del Evangelio que se quería siempre indefenso, luz titilante de esperanza en medio de las tinieblas del mundo, suave brisa refrescante al interior de los climas asfixiantes que invadían las instituciones eclesiásticas, y por eso a la familia y a la sociedad. En suma, las debilidades de la sociedad civil circundante invadieron, hasta someterla, a la Iglesia de Cristo Señor. Fue entonces cuando los seguidores de Jesús, el de Nazareth, el Resucitado, mujeres y hombres que se querían nuevos y distintos, hicieron del Espíritu un cautivo de las prisiones y los cepos que ellos se habían procurado para sí mismos.

10. Cf. CONCILIO VATICANO II, *Decreto Unitatis redintegratio*, 3; JUAN PABLO II, *Ut unum sit...*, 3/1, 34, etc.

11. ORÍGENES, *Hom. in Ezech.* 9, 1. Cit. en: «La Iglesia es una», en: *Catecismo de la Iglesia católica*, Santafé de Bogotá, Conferencia Episcopal de Colombia 1993, # 817. En realidad, el texto origeniano, citado dentro del Catecismo, reza: «Ubi peccata sunt, ibi est multitudo, ibi schismata, ibi haereses...»; curiosamente, coinciden la traducción española del texto ofrecida por el *Catecismo* y la versión francesa de Orígenes, en razón de que «multitudo» alude forzosamente a la típica oposición 'lo múltiple, lo uno' pues «la multiplicidad caracteriza al pecador y la unidad al justo y aun a la comunidad de los justos» (cf. «Homélie sur Ezechiel» [Traduction du texte latin au français et notes: MARCEL BORRET], Cerf, Paris, 1989, en *Sources chrétiennes* 352, p. 296-97; el entrecomillado es traducción nuestra).

II. SINUOSIDADES DE LA UNIDAD EN EL PRESENTE

El desencanto posmodernizante de la razón iría penetrando por igual en la Iglesia. El intérprete desprevenido de la circunstancia histórica podría tentar una lectura espontánea del acontecer eclesial en torno al asunto de lo ecuménico, refiriéndolo por ejemplo, cuando de dar razón de su fe se trata, al persistente forcejeo entre unas corrientes más proclives a la derecha y otras más a la izquierda, al interior de nuestras comunidades eclesiales y aun de la universal Iglesia. Ese forcejeo, sin embargo, ha existido en ella desde que surgió en la historia como cuerpo del Resucitado. Pero una encuesta al omnipresente neoliberalismo, que pareciera regir los destinos políticos y sociales del mundo actual, lleva a intuir que es él quien se va haciendo presente al mismo tiempo a nivel de los fenómenos culturales y, en cuanto pertenecientes a ese ámbito, también de los religiosos. Es lo que los analistas del mundo contemporáneo han llamado el neoconservadurismo¹².

Y es que los hechos de los últimos años van poniendo de manifiesto la preferencia de las colectividades eclesiales –¡aún no comunidades!– por un modelo de Iglesia lo más semejante al de una sociedad bien ordenada. Y que lo esté porque desde fuera; y mejor, desde arriba, una instancia suprema se encarga de que lo sea. Creería uno reconocer allí los rasgos de la sociedad perfecta a la que aspiró la Restauración decimonónica de la post-revolución, pero se equivoca. Era un nuevo amanecer, entre romántico y racionalista, lo que por entonces se aguardaba y cultivaba. Son los estertores del siglo que termina y el temor milenarista al anarquismo, al sinsentido, al caos universal lo que mueve hacia las alianzas políticas con ese modelo.

Porque si el neoliberalismo, por una parte, pretende hallar su fundamentación en una sociedad bien ordenada, proveniente en buena medida de los deseos confesados e inconfesados de los seres humanos que optan casi insensible e inconscientemente por ella, pues en vías a ella han sido creados; está bien dispuesto, por otra parte, a un consenso sobre una concepción política de la justicia. Vale decir, pronto a

12. Para la interrelación de neoliberalismo y neoconservadurismo, véanse: LÓPEZ CAMPS, JORDI, «Diálogos para un amigo neoliberal», en: AA.VV., *El neoliberalismo en cuestión*, Sal Terrae, Santander, 1993, pp. 114-20; MIF-SUD, TONY, «Análisis ético del neoliberalismo», en: *El neoliberalismo y sus implicaciones ecológicas, éticas, económicas y políticas* (Simposio internacional - Mayo 13 a 15, 1998), Facultad de Teología PUJ, Santafé de Bogotá, 1998, pp. 79-111 (especialmente: 92ss).

olvidar las implicaciones éticas y morales tanto colectivas como individuales de su idea de justicia en la proporción que ellas se alejen del ámbito de lo estrictamente político, de lo que conviene mayormente a la sociedad y a los individuos dadas unas determinadas estructuras socio-económicas. Así lo ponen de manifiesto las constantes intervenciones, en todos los niveles de lo humano –incluido el de las iglesias cristianas–, de una autoridad erigida más en poder que en servicio¹³, convencida entre otros «valores» de que es más beneficioso para la colectividad a su cargo que un hombre (y hasta un grupo) muera por el pueblo. Resulta evidente que cualquier posibilidad de búsqueda de la unidad eclesial, no sólo conceptual sino sobre todo existencial, muere por inanición ante la constante amenaza que contra su vida constituye esa permanente intervención. Y no podría ser de otra manera pues el neoconservadurismo detesta poner en evidencia los conflictos por cuanto ellos desestabilizan el mundo feliz que, a través de la puesta en práctica del poder, pretende consolidar.

En aras de la construcción de un nuevo orden el neoliberalismo sacrifica, pues, las necesidades individuales y hasta las colectivas de los más débiles, ya que no favorecen la internacionalización de la economía ni la globalización de los sistemas de mercado. Pero también acaba con los deseos de cuantos ingresan en su órbita cuando ellos nada tienen que ver con el objeto de su preocupación. El débil y el pobre son anulados como sujetos sociales y confinados al limbo del no ejercicio de su poder de decisión. ¿Acaso el diálogo tolerante, acaso el persistente ejercicio de la misericordia dentro de nuestras comunidades eclesiales, y en la relación de éstas con las homólogas de otras confesiones cristianas; acaso esas dos actitudes típicamente evangélicas pueden crecer en mentes y corazones que no sean sujetos de decisiones, de creatividad, de riesgo? Más todavía, tales actitudes son propias de los pobres y de los débiles que se sienten necesitados de salvación y, en consecuencia, del concurso de los otros miembros del cuerpo que estos y aquellos conforman.

13. «En el uso ordinario, el término autoridad –de *augere*, aumentar–, suele ser de significado sinónimo con *poder* –del verbo latino *possum*. Algunos distinguen entre los dos conceptos, pues autoridad es la potestad, la facultad, la prerrogativa del mando, al paso que entienden por poder el ejercicio acertado o desacertado de la autoridad. Resulta entonces defectuoso suplantar la autoridad por el poder o identificar poder y autoridad, pues ello equivale al abuso de la autoridad, y a mandar por mandar en desmedro de la autoridad que, en consecuencia, se desgasta y desacredita». BORRERO, ALFONSO, «Administración universitaria», en: *Simposio Permanente sobre la Universidad*, Conferencia XXI, Santafé de Bogotá, 1998, p. 11, nota 33.

En una pretendida comunidad donde ha desaparecido aun la posibilidad de existencia de los conflictos se evapora la esperanza de la unidad. Se ha caído en el olvido oficial de la reconciliación pues resulta preferible cerrar los ojos ante ella. Para un tal universo relacional el Dios de Jesús nada tiene que hacer: el Verbo está por demás, el pecado y la redención del mismo nunca existieron ni existirán. Lo que puede abundar, eso sí, son las adversidades, propias de las economías fuertes –diría el neoliberal–, patrimonio de las colectividades políticas a las que tan sólo importa la defensa de una sociedad que idolizó la libre competencia –afirmará el neoconservador. Al débil, al pobre, al sin-poder restará tan sólo la depresión –léase: desigualdad– desafortunada y penosa, pero inevitable consecuencia de la competitividad sin la cual el equilibrio mundial desaparecería. De nuevo, no sólo es conveniente sino que es ineludible que los más mueran por los menos; se sobreentiende que se trata de los más débiles en el primer caso y de los menos débiles –los más fuertes– en el segundo. Si se trata de la unidad para la Iglesia, aquella no podrá estar apuntalada sobre la debilidad, sobre la depresión que comporta el apostar por el Evangelio del que agonizó largamente en Getsemaní ante el absurdo de la dispersión de las ovejas. Tendrá que estarlo sobre el triunfo de quienes desde el interior de los muros de la ciudad optan por sacrificar al Cordero indefenso para que el pueblo, el mismo por el cual ellos están decidiendo la injusticia para con quien quiso preceder a los débiles de este mundo, no se les vaya de las manos.

Uno se pregunta, entonces, qué significado pueden tener los gestos ecuménicos de las diversas confesiones cristianas si la mentalidad de la que surgen pone de manifiesto tantos de los rasgos que aquí venimos dibujando. Ciertamente el de la unidad es un largo itinerario que no puede absolverse en unos cuantos decenios. Pero quizá sólo estemos retardando el impulso del Espíritu, reduciéndolo a la cautividad. ¿Habría que reescribir hoy una especie de catálogo de cautividades del Espíritu –fue, a mi parecer, lo que quiso significar Martín Lutero cuando escribió *La cautividad de la Iglesia*– a la hora de evaluar la gestión que han hecho del imperativo ecuménico las tres confesiones cristianas?

No es a un malentendido «retorno a la gran disciplina»¹⁴ a lo que hoy convoca el Espíritu a su Iglesia. Si, en palabras de Vaticano II, «la verdad no se impone sino

14. La expresión «grande disciplina» fue utilizada por Juan Pablo I ya desde el discurso programático de su pontificado, el 27.08.78. A ella había aludido días antes al dirigirse a los Cardenales que acababan de elegirlo. Y retomaría el asunto, con un sentido más ascético-espiritual,

por la fuerza de la misma verdad, que penetra, con suavidad y firmeza a la vez, en las almas»¹⁵ será hacia allá a donde tendrá que mirar, con todas sus consecuencias, la entera Iglesia de Cristo Señor. Pareciera una perogrullada que la unidad sólo puede construirse sobre la verdad, pero los católicos vamos empezando el aprendizaje por un dolorido reconocimiento de nuestras incoherencias al respecto, de las cuales

...la consideración de las circunstancias atenuantes no dispensa a la Iglesia del deber de lamentar profundamente las debilidades de tantos hijos suyos, que han desfigurado su rostro, impidiéndole reflejar plenamente la imagen de su Señor crucificado, testigo insuperable de amor paciente y de humilde mansedumbre¹⁶.

Pero si la verdad atañe a las formulaciones reguladoras de las confesiones eclesiales de fe, no menos alude, y muy directamente, a la denuncia perentoria, transparente de cuanto esclaviza a la humanidad toda, destinataria última, objeto definitivo de esa convocación de la Iglesia que señalamos arriba. Es así, y no de otra manera, como podremos juntos «reconsiderar nuestro doloroso pasado» para llegar a la «necesaria purificación de nuestra memoria histórica»¹⁷. Es hora de que por fin miremos más en derredor de la Iglesia misma, de los conflictos brotados al interior de la comunidad humana y debidos a sus políticas neoliberales y neoconservadoras porque sólo desde allí podrá ser confrontada la pertinencia evangélica de la marcha interna de nuestras propias comunidades eclesiales. Sometidas quedarán ellas, por

unas semanas después en su primera alocución al presbiterio romano. Pero será en la ocasión señalada arriba donde dará el significado para él particular de ambas palabras: «Queremos mantener intacta, en la vida de los sacerdotes y de los fieles, aquella grande disciplina de la Iglesia que su misma historia, enriquecida con la experiencia, acreditó a lo largo de los siglos con ejemplos de santidad y perfección heroica, tanto en la práctica de las virtudes evangélicas, como en el servicio a los pobres, humildes o indefensos». (Cf. *L'Osservatore Romano* 505 [1978] pp. 419-20). Unos párrafos más adelante afirmará su compromiso con la causa del ecumenismo en la que quiere avanzar «sin vacilaciones» (*ibidem*).

15. *Declaración Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa, 1. Juan Pablo II lo señala como «principio de oro dictado por el Concilio» (cf. *Carta apostólica «Tertio millennio adveniente»* [10.11.94], n. 35, 2).

16. *Carta apostólica «Tertio...»*, 35/2.

17. Cf. JUAN PABLO II, *Ub unum sint...*, 2/3.

fuerza, a las inclemencias de cuanto esto implica. La barca será forzosamente sacudida por las tempestades¹⁸, como sigue estándolo día tras día la colectividad de las mujeres y los hombres de nuestro tiempo.

Ojalá no llegue el día en que de la Iglesia toda de Cristo Señor haya que afirmar que «contristó al Espíritu», lo «irritó» porque los «sellados para el día de la liberación» por el Dios que los había «perdonado en el Hijo» no eran capaces de perdonarse mutuamente¹⁹. Y a través de sus estructuras propinó la muerte, una muerte lenta, silenciosa y en apariencia nada violenta, a cuantos la historia evidenciaba como profetas brotados de su interior: «resistió al Espíritu», al igual que durante siglos muchos de los convocados a la asamblea de los santos lo habían hecho²⁰. Y quiso «poner a prueba al Espíritu, mintiéndole» con los mismos instrumentos generados por ella para que los suyos fueran testigos del Dios hecho alimento para todos que lanzaba, con el gozo de la Pascua, a partir la propia vida, a compartirla y repartirla con los otros, sin discriminación alguna y sin reservarse nada²¹. Y desanimada por la tardanza del Esposo no fomentó la paz mutua, ni llamó la atención a los inactivos, ni animó a los tímidos, ni sostuvo a los débiles, ni fue paciente con los lentos, ni oró con persistencia, ni estuvo siempre alegre, ni dio gracias en toda circunstancia; en suma, «apagó el Espíritu»²².

* * *

Condenados a internarse por el laberinto estaban los griegos enemistados –y no importa aquí el motivo– con los dioses. Una sola era la salida de la maraña de recovecos, sinuosidades, recodos y revueltas que los así castigados hallaran en el camino. Sólo quienes como los míticos Teseo y Ariadna estuviesen movidos por la perspicacia del amor lograrían hallar la ruta precisa hacia el exterior. El mundo feliz de los héroes griegos soñará siempre en una armonía de cuya ausencia se

18. «... que la barca –hermoso símbolo que el Consejo Ecuménico de las Iglesias eligió como emblema– no sea sacudida por las tempestades y pueda llegar un día a puerto». JUAN PABLO II, *Ut unum sint...*, 97/2.

19. Cf. Ef 4, 30-32.

20. Cf. He 7, 51-53.

21. Cf. He 5, 3,9.

22. Cf. 1Te 5, 12-19.

lamentarían sus poetas y escultores, con dolorida nostalgia aunque colmada de lirismo, a través de los siglos. Habían descubierto que el caos del cosmos persistiría mientras hubiese hombres ambiciosos y dioses vengativos.

El cristianismo apostó por el hombre, remitido a una libertad inalienable adquirida para él por el Resucitado. A Dios le importaba el hombre, varón y mujer, pues no podía existir—asunto de pura gratuidad—sino con él y para él. Cuando éste descubrió que el caos de la creación había que atribuirlo por fuerza al único posible creador de laberintos, él mismo, se encontró con que alguien que mostraba un rostro como el suyo le manifestaba la suma generosidad del Creador, incapaz de abandonar a su criatura en la oscuridad engañosa de esos laberintos. Y prefirió hacerlo internándose, junto al hombre y a pesar del hombre mismo, por entre las confusiones laberínticas de la historia humana. Fue allí donde Dios aprendió a ser hombre.

Quienes, atónitos, comenzaron a entender lo que esa actitud del Dios hecho carne significaba, se encontraron al mismo tiempo con que el laberinto tenía más de una salida... pero nunca hacia fuera de él. Que lo propio de los hombres sería siempre, e indefectiblemente, peregrinar por entre el laberinto de su historia. Y que sería allí, y sólo allí, donde tropezarían con quien había decidido volver una y otra vez sobre sus pasos, y aun extraviarse, porque bien sabía en quién había puesto su confianza. Se trataba de aquel hombre que, desde el inicio de su propia historia, se dejó conducir por el Espíritu²³.

23. Cf. Mc 1, 12; Mt 4, 1; Lc 4, 1.14.